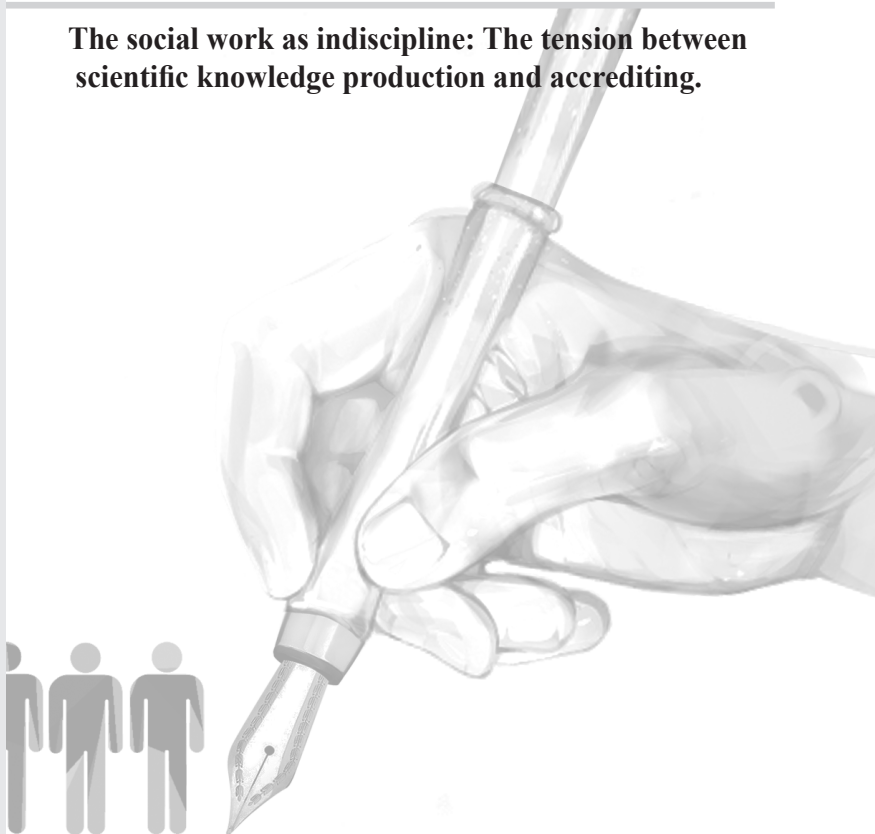


El trabajo social como indisciplina: La tensión entre la producción y la acreditación de conocimiento “científico”.

The social work as indiscipline: The tension between scientific knowledge production and accrediting.



EL TRABAJO SOCIAL COMO INDISCIPLINA

La tensión entre la producción y la acreditación de conocimiento “científico”®

Silvana Martínez¹ y Juan Agüero²

Resumen

Este trabajo, resultado de una revisión documental, plantea muy brevemente la tensión entre la producción y la acreditación de conocimientos en el campo de las ciencias sociales. Asimismo, problematiza esta tensión en el caso particular del trabajo social, planteando a su vez este campo como una indisciplina, intentando escapar de alguna manera a la reducción, fragmentación y cristalización derivadas de la vigencia hegemónica del paradigma positivista en las ciencias sociales. La concepción del trabajo social como indisciplina no sólo lo ubica en un lugar de resistencia y lucha contra hegemónica, sino que constituye una propuesta de aprovechamiento de las claras ventajas que tiene como campo en formación y por tanto liberado de la autoridad o influencia de un padre fundador y de grandes ideas fundantes que pudieran condicionar el desarrollo de sus propias ideas o teorías.

Palabras Claves: Trabajo Social / Indisciplina / Producción de Conocimiento / Acreditación

The social work as indiscipline

The tension between scientific knowledge production and accrediting.

Abstract

This work, the result of literature review, very briefly raises the tension between production and accreditation of knowledge in the social sciences. Moreover, it problems this tension in the Social Work particular case, exposing together this frame as an indiscipline, getting to anyhow escape from reduction, fragmenting and crystallization that it derivates from hegemonic effect of the positivist paradigm in the social sciences. The conception of Social Work as indiscipline not only places it on contra hegemonic resistance and struggle site, but it is a proposition for to use the clear advantages that it has as in building frame and therefore liberated of a founder father authority or influence and of great founder ideas that it could to conditioned the own ideas or theories development.

Keywords: Social Work / Indiscipline / Knowledge Production / Accrediting

® Recibido el 26 de diciembre de 2009.

Aceptado el 15 de septiembre de 2010.

¹ Licenciada en trabajo social, docente e investigadora de la Universidad Nacional de Misiones. Magister en trabajo social y doctoranda en ciencias sociales de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Presidenta del Instituto de Género y Desarrollo Humano de Misiones. Investiga la temática de las violencias sociales, las relaciones de género y las relaciones de poder en el campo de la política. Mail: silvanamartinezts@arnet.com.ar

² Licenciado en administración, docente e investigador de la Universidad Nacional de Misiones. Magister en trabajo social de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Doctor en administración de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del Instituto de Género y Desarrollo Humano de Misiones. Investiga la temática de las políticas públicas, la cuestión social y las relaciones de género y poder. Mail: juanaguero@arnet.com.ar

Introducción

Este trabajo tiene tres propósitos. Por un lado, plantear muy brevemente la tensión entre la producción y la acreditación de conocimientos en el campo de las ciencias sociales. Por otro, problematizar esta tensión en el campo particular del trabajo social, donde nos desempeñamos como docentes e investigadores. Por último, plantear el trabajo social como “*indisciplina*”, con el fin de intentar superar la segmentación, fragmentación y cristalización derivadas de la vigencia hegemónica del paradigma positivista en las ciencias sociales.

Este tema adquiere, además, rasgos muy particulares en el caso del trabajo social, no sólo por tratarse de un campo en formación que ha sufrido los avatares por los que han atravesado las ciencias sociales en los últimos tiempos, sino también por su directa vinculación con los procesos sociales, tan atravesados por el fenómeno de la globalización y por las crisis políticas, económicas y financieras que, de manera recurrente, envolvieron y atravesaron fuertemente la vida cotidiana de los sujetos y el entramado de relaciones sociales.

I. La producción y acreditación de conocimientos en las ciencias sociales

El debate en torno a la producción y acreditación de conocimientos en las ciencias sociales tiene ya un cierto recorrido histórico, si tenemos en cuenta, por ejemplo, las discusiones que enfrentaron a Adorno con Popper (Gómez, 1995:134-148) o las críticas realizadas al positivismo, al estructuralismo y al funcionalismo, desde múltiples vertientes como la teoría crítica, la fenomenología, la hermenéutica, el existencialismo, el post estructuralismo, la sociología crítica, los estudios culturales y la teoría de la estructuración, entre otros (Giddens, Turner y otros, 1995).

El nudo de la cuestión es el *status científico* que se atribuye históricamente a las “*disciplinas*” que utilizan el método hipotético-deductivo para la producción de conocimiento y la matemática para la formulación de sus teorías y modelos, y que adquieren de esta manera un carácter formal, abstracto y universal. Esto transforma al conocimiento científico en un conjunto de leyes que pretenden explicar y predecir la realidad, con criterios de verdad, objetividad y validez, y que excluyen toda posibilidad de subjetividad, valoración y contextualización histórica. Para que cualquier conocimiento sea considerado “*científico*”, obviamente tiene que reunir todos estos requisitos (Klimovsky, 1994).

Las ciencias sociales, particularmente la economía con Adam Smith, David Ricardo y otros, y la sociología con Augusto Comte y Émile Durkheim, se desarrollan en el siglo XIX con la pretensión de explicar y predecir el comportamiento de los fenómenos económicos y de la sociedad, respectivamente. Lo hacen con la misma intención de la física, la química o la biología, en relación a los fenómenos físicos, químicos o biológicos, respectivamente. El positivismo se consolida de esta manera como sistema hegemónico de producción y legitimación del conocimiento “*científico*”, tanto de los fenómenos naturales como sociales, equiparándolos entre sí. Como lo sostenía Durkheim, los hechos sociales deben ser estudiados como “*cosas*” (Giddens, Turner y otros, 1995).

La ciencia se constituye así en parámetro de la verdad y de la objetividad, con una pretensión de validez y de regulación social similar a la escolástica del Medioevo. Su finalidad no es sólo explicar y predecir, sino fundamentalmente dominar a la naturaleza y controlar el funcionamiento de la sociedad. Éste es también el significado más originario de la palabra “*disciplina*”.

Las ciencias sociales nacen en pleno proceso de desarrollo de la primera revolución industrial,

de formación de los Estados nacionales, de auge del constitucionalismo político y de expansión del capitalismo industrial. La racionalidad de la "ciencia" que garantiza el positivismo, va de la mano con la racionalidad económica y la racionalidad política. Forman un verdadero "sistema social", como lo dirían Talcot Parson en 1952 y Niklas Luhmann en 1984, basados en la teoría general de sistemas propuesta por el biólogo Bertalanffy en 1937.

Si cualquier conocimiento para ser considerado "científico" debe reunir los requisitos señalados anteriormente, se presentan aquí dos tipos de problemas bien diferenciados pero relacionados entre sí: el problema de la "producción" de conocimiento y el de la "acreditación" del mismo como "científico". En realidad, se trata del problema de demarcación entre "ciencia" y "seudociencia" que ya obsesionaba a los positivistas lógicos y, obviamente, a Popper (Gómez, 1995:33).

El criterio de demarcación entre lo que se considera "ciencia" y "no ciencia" introduce a su vez otro problema: cómo se establece y quién establece esta línea divisoria de aguas. En 1962, Thomas Kühn crea el concepto de "paradigma" y plantea la tesis de la "comunidad científica" como reguladora de un determinado campo científico. Un "paradigma" incluye concepciones del mundo, de la sociedad, de la ciencia y del conocimiento, teorías, modelos, problemas de investigación, métodos y procedimientos. Una "comunidad científica" es un grupo humano que comparte y sostiene un mismo "paradigma". Este grupo acepta o rechaza una teoría, un método o una hipótesis según el "paradigma" que esté vigente en un momento determinado en el campo científico de que se trate (Heler, 2005:46).

El cambio de un "paradigma" a otro se produce, según Kühn, por las anomalías, las crisis y las revoluciones científicas. Entre un "paradigma" y otro hay "incomensurabilidad", es decir, no hay un patrón común para medir los logros o la validez o falsedad de uno y otro: No hay posibilidad de traducción o interpretación de un "paradigma" en términos de otro "paradigma" (Heler, 2005:50) ¿Cómo resuelve entonces la "comunidad científica" la cuestión? Es decir, ¿cómo se toman las decisiones que atañen a un campo científico? ¿Cómo se establecen las reglas de juego del campo?

Es posible responder a estas preguntas, como lo hace Heler, desde la teoría del poder de Foucault y la teoría del campo de Bourdieu. Ambos coinciden, a su vez, en la idea de "prácticas sociales", como "cualquier secuencia recurrente de acciones que son reconocidas socialmente como tales aun cuando existan variaciones en su ejecución individual...son, entonces, configuraciones estables de actividades compartidas" (Heler, 2005:53).

La actividad científica es la práctica social de producción de conocimientos, el "hacer" o "no hacer" definido por los miembros de una "comunidad científica", en función del juego de posiciones y capitales simbólicos específicos que se establecen en el campo, de relaciones entre posiciones, de intereses en juego y de estrategias seleccionadas por los jugadores (Bourdieu, 2003).

Las relaciones que se establecen en un campo científico son relaciones desiguales o asimétricas de poder, que se basan en los diferentes capitales simbólicos específicos puestos en juego por los agentes que actúan en el campo. Un *capital simbólico* es cualquier elemento o propiedad, que es percibido y reconocido por los agentes con algún significado que responde a creencias o expectativas socialmente constituidas, y que adquiere por lo tanto una "*fuerza mágica*" con poder simbólico (Bourdieu, 2005:172). En el *campo científico*, este capital está vinculado al tipo de formación que se tiene, al prestigio de docentes e instituciones, al acceso a bibliografías actualizadas, a relaciones con figuras destacadas del campo, integración de comités de expertos, entre otros (Heler, 2005:58).

Las diferencias de capital simbólico entre los miembros de un campo científico, establecen jerarquías de poder y autoridad, y relaciones de dominación, donde ciertos miembros monopolizan capital y deciden respecto a la trayectoria de otros miembros y a la configuración del campo. Sin embargo, como el poder no es una cosa sino una relación social y las relaciones de poder son móviles, inestables y modificables, el campo científico -como todo campo social- es un campo de lucha, donde hay dominación, pero también hay resistencia y posibilidad de cambio.

II. La producción y acreditación de conocimiento en el Trabajo Social

Toda la problemática desarrollada en el punto anterior tiene su correlato en el campo del Trabajo Social, pero aquí se plantean otras cuestiones referidas -por ejemplo- a la definición y configuración misma del campo y a las prácticas sociales de los miembros del mismo. En este punto, sólo vamos a problematizar estas dos cuestiones, sin analizarlas en profundidad, por las limitaciones mismas de este trabajo, y dejando en claro que sólo son dos cuestiones de un amplio espectro de problemas y cuestiones que merecerían un mayor desarrollo.

La constitución del positivismo y el funcionalismo como "paradigmas" hegemónicos de las ciencias sociales, afecta profundamente al Trabajo Social en sus mismos orígenes y en su desarrollo histórico. No sólo se trata de estos "paradigmas", sino fundamentalmente del orden político, económico y social que está por detrás o por debajo de los mismos y que justifica la necesidad "política", no "científica", de constitución de un campo de "intervención social", o más bien de "intervención política", ya que interviene representando al Estado o a los "grupos dominantes", adquiriendo un carácter instrumental, técnico y auxiliar (Martínez y Agüero, 2008:32-35).

Sin embargo, como en toda relación de dominación hay espacios de libertad y resistencia (Foucault, 1984), el Trabajo Social ha entrado en un proceso acelerado de construcción como campo de conocimiento, con algunas ventajas: no tiene el estigma de "disciplina" de la economía, la sociología, la medicina, la psiquiatría o la psicología, es decir, no tiene porqué "disciplinarse". Tampoco tiene "padre" reconocido al cual responder y menos aun obedecer, como Smith, Ricardo, Comte, Durkheim, Hipócrates o Freud. Tampoco tiene "ideas" o "teorías fundantes", de las cuales no pueda alejarse mucho, como en el caso de aquellas "disciplinas". Por el contrario, el Trabajo Social puede desarrollar con cierta libertad sus propias ideas o teorías, sin estos límites "fundantes" que lo encorseten, pero obviamente con los límites de su propia capacidad de producción y las posibilidades que emergen de las condiciones históricas del campo.

En el proceso de construcción como campo de conocimiento, observamos sin embargo una fuerte tensión entre la "producción" y la "acreditación" de conocimientos en el Trabajo Social. Una de las más claras manifestaciones de esta tensión se puede constatar en el campo académico, donde la "producción" queda supeditada a la "acreditación". Las razones son varias, pero aquí sólo mencionamos algunas: el régimen de incentivo económico, la conservación de puestos de trabajo, la carrera docente, el régimen de evaluación y acreditación vigente en el país, el prestigio que otorga la actividad académica, la puja de jerarquización en relación con otras disciplinas, entre otras.

³ Foucault, Michel: *La ética del cuidado de uno mismo como práctica de la libertad*, entrevista realizada por Raúl Fomet-Betancourt, Helmut Becker y Alfredo Gómez-Muller, 20 de Enero de 1984.

Entrar en la lógica de la "acreditación" ubica al trabajo social en la perspectiva del consumidor, como lo sostiene Heler (2005), haciendo hincapié en los "productos" y no en los "procesos de producción" ni en los "productores" que llevan a cabo los mismos. En la mayoría de las veces, al estar encorsetados y presionados por la "acreditación", los trabajadores sociales se limitan a "reproducir" y no a "producir" conocimientos.

Producir significa crear, innovar, generar, abrir nuevos campos de visibilidad, expandir las fronteras del campo de conocimiento, profundizarlo, diversificarlo, enriquecerlo, en definitiva crecer con autonomía. Es decir, estamos hablando de calidad y no sólo de cantidad. Ésta no es, precisamente, la situación que observamos en muchos ámbitos académicos, donde interesa más la cantidad de papers que la calidad de los mismos o el aporte genuino al campo del Trabajo Social.

Por el contrario, reproducir significa repetir, copiar, sesgar, perpetuar, sostener, convalidar, autolimitar o autolimitarse, estancarse, en definitiva, cristalizar el campo de conocimiento. Y, lo que es peor aún, creer o creerse "productor" de conocimiento o transmitirlo como si fuera algo novedoso y propio, aun sabiendo que es una burda reproducción de lo que otros en algún momento crearon.

¿No interesa entonces la "acreditación" de conocimientos? Sí interesa, pero el problema es qué se acredita y para qué, además de quiénes acreditan, con qué reglas de juego, desde qué paradigmas y, lo que es más grave aún, desde qué posición político-ideológica. Como ya lo sostenía Bacon y luego Foucault, el saber es poder y toda producción de conocimiento sirve para dos finalidades: emancipar o dominar. La lógica predominante del sistema de acreditación vigente en nuestro país es precisamente la última: la dominación. O lo que es peor aún: la autorreproducción del sistema de dominación.

Es pertinente, en este sentido, referirnos aquí a algunas ideas de Niklas Luhmann, en relación a lo que él denomina sistemas autopoiéticos, aquellos constituidos básicamente por elementos producidos por los propios sistemas de los cuales estos mismos elementos son partes componentes. Es decir, sistemas cerrados autorreferenciales que se justifican a si mismos. Como lo señala el propio autor, "la clausura circular interna es condición 'sine qua non' para la continuidad de la autorreproducción del sistema y que el cese de la misma significaría la muerte" (Luhmann, 2005:106).

Además de estas reflexiones sobre las condiciones de "acreditación", nos interesa plantear aquí como tema central la problemática de la "producción" de conocimiento en el campo del Trabajo Social. Como campo en construcción, el problema básico del trabajo social no tendría que ser la "acreditación" de conocimientos ni la preocupación por los "requisitos" que deben reunir los conocimientos producidos para ser considerados "científicos", según la "epistemología oficial" (Heler, 2005:122).

Nos parece crucial aquí referirnos a los trabajadores sociales como trabajadores intelectuales, en términos gramscianos, más que como "científicos" o "expertos" según la acreditación oficial. No podemos soslayar la clara tensión, o más bien contradicción, que existe entre la obsesión por ser socios del club o "comunidad científica", como lo llama Kuhn, y la preocupación y ocupación por las cuestiones que son vitales para nuestro pueblo, aunque esta categoría política y sociológica pareciera haber perdido vigencia para algunos.

Producir conocimientos: ¿para qué?, ¿para quién?, ¿para emancipar o para autorreproducir el sistema de dominación social?, ¿para la autorreferencia y prestigio personal o para aportar a la construcción del campo del trabajo social? Indudablemente, estas son las cuestiones centrales que están como telón de fondo en la producción de conocimiento en el trabajo social y sobre las cuales hay una urgencia política de reflexión y análisis.

Cualquier trabajo humano siempre produce algo. Cuando Gramsci se refería a trabajadores intelectuales no pensaba en una elite de iluminados (¿comunidad científica?) que supuestamente tiene la misión de decidir qué conocimiento es "*científico*" y cuál no lo es. Pensaba en la producción de ideas, de conocimientos, de conciencia. Pensaba en la construcción de poder y saber desde, por y para el pueblo. En fin, pensaba en la transformación política de las estructuras de opresión y dominación social.

Por eso nos parece crucial, como lo decimos anteriormente, pensar en los trabajadores sociales como trabajadores intelectuales y pensar en la producción de conocimientos como un proceso clave y absolutamente imprescindible para el Trabajo Social. Como lo sostiene Heler (2006), el trabajo social produce saber, poder y subjetividad.

III. El trabajo social como indisciplina

Concebimos el Trabajo Social como un tipo de conocimiento y de práctica científica y profesional indisciplinada. En este sentido, queremos dejar en claro que no es lo mismo hablar de "*no disciplina*" que de "*indisciplina*". Mientras en la primera sólo se pretende una diferenciación entre "*disciplina*" y "*no disciplina*", en la segunda hay rebeldía, resistencia, desobediencia, desorden, insumisión e irreverencia (Najmanovich, 2005).

La postura que asumimos aquí por supuesto tiene muchas implicancias. Somos conscientes de que la misma constituye un giro copernicano en relación a la concepción hegemónica del Trabajo Social y, por lo tanto, puede generar perplejidad, rechazo e incluso descalificación, pero es un riesgo que estamos dispuestos a asumir.

Al igual que en otros países latinoamericanos, en Argentina el Trabajo Social atraviesa por un acelerado y necesario proceso de construcción del campo, mediante nuevos planes de estudio y desarrollo de carreras de especialización, maestrías, doctorados, programas de investigación, publicaciones y eventos académicos y profesionales, que favorecen la producción, circulación, debate y validación de conocimientos.

No obstante, en muchos casos, este conocimiento todavía está ligado -lamentablemente- a la concepción positivista de "*la ciencia*" engendrada en la modernidad. Por ende, se trata de un conocimiento universal, abstracto, ahistórico, objetivo (Najmanovich, 2005), cuya validación está ligada más a la lógica del "producto" y su "acreditación", que al "proceso de producción" del mismo (Heler, 2005). Sin embargo, "el conocimiento no es nunca un proceso abstracto y mucho menos un producto. Es algo que ocurre 'entre' un sujeto y otros sujetos, 'entre' un sujeto y sí mismo y en la interacción 'entre' un sujeto y el mundo" (Najmanovich, 2008:94).

A su vez, esta manera de concebir y validar el conocimiento "*científico*", abre el debate en torno al problema de la "*disciplinarietà*", "*interdisciplinarietà*", "*multidisciplinarietà*" y "*transdisciplinarietà*" del Trabajo Social y, al mismo tiempo, en torno al "*objeto de estudio*" y la "*especificidad*" que se pretende para el mismo, en el concierto de las ciencias sociales en general.

Tomando postura en este debate, Saul Karsz (2006) concibe el Trabajo Social como una práctica transdisciplinaria. Se trata, según este autor, de un quehacer constituido por prácticas que van más allá de las fronteras disciplinares, provengan éstas de la psicología, la sociología, la antropología, la política, la economía u otras. Es decir, un conjunto de prácticas híbridas y en constante transición, que transgreden las fronteras disciplinares, porque tienen *"un poco de todo y mucho de trabajo social"* (Martínez y Agüero, 2008:152).

Si bien compartimos la postura epistemológica de Saul Karsz, nuestra propuesta de indisciplinariedad va más allá de la transdisciplinariedad sugerida para el Trabajo Social. Con ella buscamos deliberadamente profundizar el debate y discutir el supuesto poder disciplinador de "la ciencia", según el cual "la ciencia" sería algo así como el arquetipo de la racionalidad humana y tendría la sagrada misión de dominar a la naturaleza y explicar, predecir y ordenar el mundo. El mismo lugar donde los griegos colocan a la filosofía en el mito de la caverna y los cristianos a la teología en la edad media.

Por nuestra parte, no queremos este lugar para el Trabajo Social y, por lo tanto, nos oponemos y lo rechazamos expresamente, porque no lo concebimos como un instrumento de opresión y dominación, sino como una práctica científica y profesional cuyo sentido, contenido y justificación política e ideológica es la liberación y la emancipación de los sujetos y grupos sociales y la construcción de mundos de vida, identidades, lazos sociales y ciudadanía, tal como lo desarrollamos en "La dimensión político-ideológica del Trabajo Social. Claves para un Trabajo Social emancipador" (Martínez y Agüero, 2008).

Concebimos el Trabajo Social como indisciplina porque estamos pensando en la transformación social, no en la explicación del mundo. Lo que proponemos es recuperar para el Trabajo Social el significado más profundo y rico de la praxis, en el sentido de acción transformadora de la realidad social; es decir, en el sentido atribuido por Marx, Gramsci y los filósofos de la teoría crítica: Horkheimer, Marcuse, Adorno y Habermas.

La praxis incluye información, conocimientos, habilidades, teorías, metodologías, formación, investigación, valores, ideologías y posicionamientos políticos. Nuestra propuesta se basa concretamente en la concepción del Trabajo Social como praxis indisciplinada. Obviamente, esta idea de praxis constituye una absoluta superación de la falsa dicotomía que suele plantearse entre *"teoría"* y *"práctica"* y que aún subsiste en muchos ámbitos.

Cuando decimos praxis indisciplinada nos estamos refiriendo al Trabajo Social como acción, pero no cualquier acción, sino acción transformadora de la realidad social. En este sentido, atribuimos al Trabajo Social los beneficios de la famosa crítica de Marx a la filosofía, cuando en la tesis once sobre Feuerbach afirma categóricamente: *"Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo"*.

De esto se trata justamente cuando sostenemos que el Trabajo Social es praxis indisciplinada. Praxis no es especulación o contemplación teórica de la realidad, sino acción transformadora de ella. En la praxis siempre se parte de una realidad histórica y siempre se vuelve a ella. Éste es su sentido dialéctico más profundo. Por eso Marx hablaba de praxis histórica.

Es en este rico concepto de praxis donde adquieren sentido y fundamento las posibilidades transformadoras del Trabajo Social como indisciplina. Sin embargo, la transformación social puede tener sentido regresivo o reaccionario y esto nos plantea la necesidad de adjetivación de la

praxis. La adjetivación explicita el alcance, los contenidos, los significados y la orientación de la acción transformadora. El adjetivo señala la dimensión político-ideológica de la praxis. En este sentido, nuestra propuesta de Trabajo Social como indisciplina es un tipo de práctica científica y profesional que denominamos praxis indisciplinada emancipadora.

Ya nos referimos anteriormente al sentido de la indisciplina como rebeldía, resistencia, desobediencia, desorden, insumisión e irreverencia. El Trabajo Social como praxis indisciplinada no responde a mandatos de "la ciencia", ni está sujeta a las reglas de la sociología, la economía, la antropología o la psicología. Construye sujetos, mundos de vida, identidades, lazos sociales y ciudadanía desde la rebeldía y la resistencia, desde el conflicto y la contradicción, no desde la obediencia y la sumisión al poder disciplinador de las comunidades científicas.

Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando decimos praxis emancipadora? Para un grupo social o para los sujetos sociales que lo integran, la emancipación es la capacidad y la posibilidad real de autonomía o autodeterminación como grupo o sujetos. Es una instancia que va más allá de la libertad o de la liberación e implica tener (a) capacidad real y (b) posibilidad real de decidir el propio destino o proyecto de vida y poder llevarlo a cabo asumiendo sus consecuencias.

La emancipación se asienta en estas dos condiciones básicas: capacidad y posibilidad. No se trata sólo de querer ser libre o de querer elegir lo que un sujeto quiere para su vida o para los demás, sino de poder hacerlo real y efectivamente. Este poder implica capacidad y posibilidad. La capacidad se refiere a los sujetos, mientras que la posibilidad se refiere a las condiciones históricas en las cuales estos sujetos se constituyen y realizan.

No hay capacidad sin sujetos y tampoco hay posibilidad de ser de éstos sin determinadas condiciones históricas ¿Qué sentido tiene la libertad para alguien que no puede vivir libremente porque no tiene las condiciones objetivas y subjetivas mínimas como para poder hacerlo? ¿Se puede hablar de igualdad, de derechos y de ciudadanía con alguien en estas condiciones? Sería un mero ejercicio retórico.

La emancipación es la aspiración más profunda de todo ser humano. La filósofa Stella Villarrea denomina conciencia emancipatoria a "la posibilidad de que en cualquier momento, en cualquier situación, cualquier ser humano puede interpelarse e interpelar alrededor suyo con la intención de deslegitimar lo establecido". (Villarrea, 2001:213-240). Es la potencialidad concreta que tiene todo ser humano, de ser o de estar de otra manera en el mundo. Es la potencialidad de cambio o transformación. Sin esta potencialidad, no hay posibilidad de cambio y tampoco posibilidad de emancipación.

Ahora bien, la praxis indisciplinada emancipadora no se da en el vacío, sino en un determinado contexto histórico, social e institucional, que la atraviesa indefectiblemente. Es un escenario que no está afuera, sino atravesando la praxis, los sujetos, los mundos de vida y las instituciones. El contexto es constitutivo de la praxis. Lo macrosocial no es una entelequia, sino que se materializa en lo microsociales y éste constituye una condensación de aquél.

El contexto genera condiciones objetivas y subjetivas para los sujetos y estas condiciones pueden crear sinergia u obstaculizar los procesos de emancipación. Sin embargo, condicionan pero no determinan a los sujetos, pues éstos siempre mantienen intacta su capacidad transformadora. Como lo sostiene Giddens (1984), siempre los actores pueden optar por otros cursos de acción. Más allá de las adversidades, siempre subsiste una posibilidad de cambio. De lo contrario,

caeríamos en un determinismo histórico o lineal que rechazamos expresamente.

El Trabajo Social como praxis indisciplinada emancipadora requiere trabajadores sociales situados, enraizados, significados y significantes, subjetivados y subjetivantes. Situados en las improntas de un tiempo y un lugar determinados, enraizados en un origen o proyecto asociado a un grupo humano con el cual puedo identificarme en la búsqueda de sentido de mi existencia o de mi acción, significados por el entramado de significaciones sociales y a su vez significantes en términos de capacidad para construir significaciones sociales, subjetivados por el entramado de relaciones intersubjetivas y a su vez subjetivantes en términos de capacidad para construir subjetividad en los "otros" con quienes interactúan.

También requiere trabajadores sociales con percepción aguda de la realidad. Es decir, capaces de ver lo invisible y escuchar lo inaudible. Esta capacidad de percepción no es algo innato, sino que se adquiere con formación, capacitación y oficio profesional. Implica dejarse interpelar por la realidad y, a su vez, interpelarla en un doble juego dialéctico. Implica desnaturalizar y deconstruir la realidad, encontrar sus sentidos, descubrir e interpretar las reglas de juego del poder. Implica leer entre líneas los discursos hegemónicos, lo no dicho.

La praxis indisciplinada emancipadora implica, en definitiva, poner el acento en la dimensión político-ideológica, ir más allá de una práctica transdisciplinar o de un trabajo social crítico y, no sólo cuestionar el orden o el discurso dominante, sino asumir un compromiso concreto de transformación de la realidad. No se trata de la gran transformación revolucionaria ni de la lucha de clases, aunque no estaría nada mal poder llevarla a cabo, sino de la posibilidad diaria concreta de que las cosas sean de otra manera, de construir nuevas identidades, de resignificar el mundo de vida de los sujetos, de construir lazos sociales menos desiguales y más democráticos, en fin, de construir el derecho a tener derechos (Di Marco, 2005).

En esta transformación cotidiana de la realidad se gestan los grandes cambios sociales. En estos microespacios sociales se gestan los grandes proyectos, los liderazgos políticos, los movimientos sociales, las ideologías y las representaciones sociales. Por estos microespacios sociales circula el poder y el saber (Foucault, 1999) y se construye el entramado de significaciones sociales. Es en estos microespacios sociales en donde los trabajadores sociales pueden, real y efectivamente, llevar a cabo una praxis indisciplinada emancipadora.

Conclusión

La tensión entre la "producción" y la "acreditación" de conocimientos es un problema importante en el campo de las ciencias sociales. No obstante, en el trabajo social esta cuestión se configura de manera distinta, por tratarse de un campo en formación. Aquí el problema primordial y urgente, en este momento histórico de configuración del campo, es el "proceso de producción de conocimientos".

En este trabajo pensamos y proponemos un trabajo social indisciplinado, por muchas razones que fuimos exponiendo a lo largo del mismo. Entre estas razones, queremos destacar especialmente la idea de liberar al trabajo social de la cárcel del positivismo; aprovechar las ventajas de no tener padre reconocido a quien obedecer ni ideas fundantes que operen como jaulas de hierro; dejar de seguir pensando en la sociedad como algo sólido, permanente o inmutable, cuando hoy "todo lo sólido se desvanece por el aire", como lo diría Marx o cuando vivimos en total incertidumbre en una "sociedad líquida", como lo diría Baumann, donde lo predominante

es el padecimiento de futuro.

Pero, además, por lo que significa en sí misma la indisciplina, como resistencia, rebeldía, irreverencia, insubmisión, búsqueda de autonomía y emancipación. Pensar en un trabajo social indisciplinado implica, fundamentalmente, poner en cuestión el orden establecido, deslegitimar el poder del *establishment* de "expertos" y de la "comunidad científica" sólo preocupada por sí misma y por su propia autorreproducción. En fin, implica producir genuinamente conocimientos socialmente significativos, que constituyan verdaderos aportes al campo del trabajo social.

Parfraseando a Alicia Stolkiner "la interdisciplina nace, para ser exactos, de la incontrolable indisciplina de los problemas que se nos presentan actualmente. De la dificultad de encasillarlos. Los problemas no se presentan como objetos, sino como demandas complejas y difusas que dan lugar a prácticas sociales inervadas de contradicciones, imbricadas con cuerpos conceptuales diversos" (Stolkiner, 1987).

Es necesario y urgente renunciar definitivamente al sueño de una ciencia neutra y de una formación neutra, porque es sólo eso, un sueño del positivismo decimonónico y del cientifismo popperiano neoliberal. Esto reafirma sin dudas nuestra concepción de trabajo social como indisciplina. Si nunca fue una "disciplina", ¿para qué necesita "disciplinarse" y cargar con toda esta crítica a las ciencias sociales por su bagaje de positivismo y universalismo descarnado?, ¿ante quién necesita "disciplinarse"?, ¿ante la "comunidad científica"?, ¿ante el "cientificismo" académico?, ¿ante la "epistemología oficial"?, ¿ante quién necesita rendir "examen" el trabajo social? Como diría la autora mencionada anteriormente, ¿ante los "expertos encumbrados y candidatos al bronce" (Najmanovich, 2005:96).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Z. (2002). *La modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, P. (2003). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BOURDIEU, P. (2005). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- GIDDENS, A. (1998). *El capitalismo y la moderna teoría social*. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Max Weber. Barcelona: Idea Universitaria.
- GIDDENS, A., TURNER, J. Y OTROS (1995). *La teoría social hoy*. Buenos Aires: Alianza Universidad.
- GÓMEZ, R. (1995). *Neoliberalismo y seudociencia*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- HELER, M. (2005). *Ciencia incierta. La producción social del conocimiento*. Buenos Aires: Biblos.
- HELER, M. (2006). "La producción del conocimiento en el trabajo social: revisión crítica de sus condiciones de posibilidad" en *La investigación en Trabajo Social*, Volumen V. Paraná, Argentina: Universidad Nacional de Entre Ríos, Facultad de Trabajo Social.

- KARSZ, S. (2006). "Pero, ¿qué es el trabajo social?" en *La investigación en Trabajo Social*, Volumen V. Paraná, Argentina: Universidad Nacional de Entre Ríos, Facultad de Trabajo Social.
- KLIMOVSKY, G. (1994). *Las desventuras del conocimiento científico*. Una introducción a la epistemología, Buenos Aires: A-Z.
- LUHMANN, N. (2005). *Organización y decisión. Autopoiesis, acción y entendimiento comunicativo*, Barcelona: Anthropos-Universidad Iberoamericana.
- MARTÍNEZ, S. Y AGÜERO, J. (2008). *La dimensión político-ideológica del trabajo social. Claves para un trabajo social emancipador*. Buenos Aires: Dunken.
- MARX, K. (1999). *El capital. Crítica de la economía política*, México: Fondo de Cultura Económica, 3ª edición.
- NAJMANOVICH, D. (2005). *El juego de los vínculos. Subjetividad y redes: figuras en mutación*. Buenos Aires: Biblos.
- NAJMANOVICH, D. (2008). *Mirar con nuevos ojos. Nuevos paradigmas en la ciencia y en el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Biblos.
- STOLKINER, A. (1987). "De interdisciplina e disciplinas" en N. Elichiry (comp.) *El niño y la escuela*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- VILLARMEA, S. (2001). *Algunas bases hermenéuticas y epistémicas de la conciencia emancipatoria*, Revista de Filosofía, 16, 213-240, Madrid, ISSN: 0034-8244.